

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 255

Valencia, 14 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

HOMBRES DE PLUTARCO

EL JUGADOR DE VENTAJA

No y no. Yo no soy tu compadre, ni mucho menos tu amigo; yo nada tengo que ver contigo, porque siempre que te has puesto ante mis ojos, automáticamente me he sentido extraño y contrario a ti y a todos los de tu extensa camarilla; automáticamente extraño y contrario a los que, como tú, se dan maña para convertir en pitofleras de sus ambiciones sin grandeza, artes, letras o ciencias, haciendo, eso sí, diestramente, alarde retórico y altisonante de cultivarlas con pureza ejemplar. Por eso, y en estos momentos trágicos de nuestra patria, en los que sus hombres y sus riquezas se consumen en espantosa hoguera, yo no tengo por qué abrirte los brazos, ni tenderte la mano amiga, ni amonestarte, ni menos darte consejos baldíos —a ti, que eres diestro navegante del mundo—; porque mis brazos y mis manos y mis palabras nada tienen que hacer con los hombres de tu linaje, los jugadores de ventaja, los que beben los vientos. Allá los otros con su conciencia. Yo, con la mía. Y la mía me ordena juego limpio, limpio y claro, que no es lo mismo que juego tonto. Porque tú nos tomas por tontos, ¡cuántas veces me lo has dado a entender!, a los que no hacemos trampas en el juego.

—Pero ¿es que las hago yo?—me preguntas irritado—. Claro que sí las haces. —¿Es que me temas por tahir?—Librenme de ello los dioses inmortales. —Entonces... —Entonces... vamos a cuentas. Para que no haya confusiones, distingamos, como es de ley, entre tahur y jugador de ventaja. El tahur, todo el mundo sabe lo que es. No es menester, pues, definirlo. Con decir que es un ser abyecto, que sólo cuando opera muy en grande —Montecarlo, Biarritz— deja la gente de mirarlo con despectivo recelo o con el horror con que se mira al verdugo, pues verdugo de bolsas es, basta. Por el contrario, el jugador de ventaja es recibido en sociedad con toda clase de honores. Se le admira. Se le envidia. Porque todo el mundo quisiera ser jugador de ventaja. Es hombre ejemplar. Es el ideal de un tiempo, como, en el Renacimiento, el Cortesano, del Conde Baltasar de Castiglione. No es menos que todo eso el jugador de ventaja. Mirate a ti mismo, y te sentirás orgulloso de representar lo que representas. Porque tú representas... todas las ventajas de este mundo. Estás siempre a las mandras, a las brevas chorreando dulzor. Las duras y amargas, esas para los otros, para los que juegan el terrible juego de la vida ingenuamente. Tú naciste para gozar de todos los bienes de tu patria. Justo es confesar que todo te lo mereces, porque la verdad es que tu capacidad para el cultivo del arte, para el cultivo de las letras, para el cultivo de las ciencias, no es grande, no es extraordinaria, no es pasmosa, porque no pasa en ningún caso de una dorada, de una bien administrada mediocridad; pero sí bien es cierto todo esto; si bien es cierto que tu obra hasta ahora no se distingue en modo alguno por la originalidad ni el don creador, el don que marca hito perenne, no es menos cierto también que tú posees singular actitud para valorar superlativamente esa respetable mediocridad, honesta y parsimoniosa, de tu genio ingenio. Y ésta, he de reconocerlo, es virtud de muchísimos quilates. En España no era menester aportar otras virtudes más profundas para pasar por hombre de pro, sapientísimo,

eminente en todo regenerador o refundidor de la vieja máquina de la patria.

Por eso, y nada más que por eso, en momentos memorables por muchos conceptos y particularmente por su candor —candor, cuyo recuerdo, en estas horas de tragedia, nos produce escalofríos—; por eso, señor Jugador de Ventaja, recurrieron a ti para todo, pues estabas señalado brillantemente por la diosa Fortuna. De pronto, como revientan las rosas en las mañanitas de mayo, así apareciste tú dotado de todas las capacidades —de las sólidas y de las brillantes y lujosas— que en otros países menos candorosos que el nuestro requieren, además del talento natural, larga práctica y preparación. Lo fuiste todo —todo lo pingüe y sustancioso; lo prócer, lo vistoso, lo representativo. Tuviste honores a manos llenas, y en lo crematístico, tampoco, según creo, te fué del todo mal. Estabas, pues, obligado a tantas cosas... Pero ¡ah! esas obligaciones no son para ti, a ti no te obligan, porque tú tomas la vida bonitamente a beneficio de inventario; obligan a los otros, a los que tú tienes por gentes de poco más o menos, a los del común, a los del llano, a los que juegan el terrible juego de la vida española con ingenuidad. A ti, no. A esos, sí.

Pero llegó la hora de la verdad, de la espantosa verdad. El rigodón aquel que tú y los tuyos bailábais alegremente —por algo os habían alzado al archipampanato— se convirtió en tragedia; y la sangre corrió en tremenda riada por toda la superficie de nuestra pobre, anchurosa y grande España. ¿Dónde estabas tú y dónde estás en horas graves? Como yo no soy jugador de ventaja y sé guardar miramientos, no he de recordártelo públicamente. Yo sólo sé dónde estaban los humildes, los pobrecitos, los «nadies», los que no tuvieron honores ni disfrutaron prebendas. Y no me vengas ahora, en son de réplica, echándome con tu frívola altanería a mis pobres ojos de hombre modesto los faros de tu ciencia y de tu arte, que su luz no es, por cierto, la del sol de mediodía, y puedo resistirla sin parpadear, como se resiste el resplandor de una pobre cerilla; y, además, aunque humilde, aunque «don nadie», aunque no he sido nunca nada, y ahora menos que nunca, ni siquiera académico, pues jamás frecuenté los lugares y camarillas donde se reparten mercedes, sin embargo, sé medir el valor y la profundidad de esa ciencia y ese arte, con las que tanto te pavoneas —tú y tus amigos y compadres—, y en virtud de los cuales, reclamabas toda clase de privilegios y prebendas y dignidades; conozco su origen y su originalidad. ¡Bah! no es la cosa para tanto; no es para que la patria os reclame a ti y a los de tu legión como sus guías tutelares, sus maestros, sus rectores, y no sé cuántas cosas y virtudes más que vosotros, los jugadores de ventaja, os atribuíais a vosotros mismos con cómica generosidad. No, hombre, no; no es para tanto... Porque ya Figaro, el de Beaumarchais, lo dijo en un arranque de hombría y de sinceridad:

«...Je commençais même à comprendre que pour gagner du bien, le savoir-faire vaut mieux que le savoir.»

Tal es vuestra divisa. ¡oh, jugadores de ventaja! Tal vuestra práctica.

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el S. E. de I.)

HOMENAJE a Madrid en el primer aniversario de su incomparable resistencia

La Semana de España en Suecia

Respondiendo a la iniciativa del Comité de Ayuda a España, la intelectualidad sueca ha acordado celebrar en Estocolmo una "Semana de España", para rendir un cálido homenaje al pueblo madrileño en el primer aniversario de su heroica resistencia.

La idea ha sido acogida con entusiasmo en todos los centros culturales de la capital de Suecia y se ha acordado que comience en la primera semana del próximo mes.

Para organizar todos estos actos, se ha constituido un Comité formado por representantes de los de Ayuda a España, Exposición de Arte Español, de Artistas del Teatro de Suecia, de la Liga de Intelectuales del Kulturfronten, de las Juventudes socialdemócratas y de las organizaciones obreras del país.

El gran actor y famoso empresario sueco Karl Gerhard, cuyo entusiasmo por la causa republicana española se exteriorizó desde el primer momento de la sublevación fascista, ha ofrecido su teatro gratuitamente, no sólo para Exposición de cuadros, dibujos, etcétera, sino también para representaciones artísticas y para la celebración de los actos de toda la Semana de España.

Todos los ingresos que produzcan dichos festivales, se destinarán a aliviar los sufrimientos de las ciudades asturianas y para los evacuados de Santander.

Los fascistas condenan a muerte en la Coruña a un comisionista cubano

Y en aquella República produce gran indignación la noticia

HABANA.—Ha causado una indignación profunda la noticia recibida aquí dando cuenta de que los facciosos españoles han condenado a muerte, en La Coruña, a Adonis Morón Silva, comisionista de la casa Alvarez Gómez de Sagua la Grande.

Morón Silva es una persona conocidísima y apreciada en aquella población lo mismo que en toda la República de Cuba, donde la protesta se ha alzado violenta por esta brutal condena cuyas causas no se explica nadie.

Las mujeres liberales inglesas piden el restablecimiento de todos los derechos al Gobierno legítimo de España

LONDRES.—La Conferencia de Mujeres liberales ha votado una resolución, en la que se declara que la política dilatoria del Gobierno inglés y su falta de clarividencia e iniciativa en Ginebra tienen gran responsabilidad en las guerras actuales.

Pide el Gobierno «que se niegue rotundamente a reconocer los frutos de la agresión contra Abisinia, y que, ante las insolentes felicitaciones de Mussolini a sus fuerzas en España, que demuestran claramente la intervención, reconozca el fracaso de la política de la no intervención, y que si no son retirados «esos voluntarios» se den al Gobierno legal de España todas las facilidades para comprar armas y material de guerra».

Por lo que a Extremo Oriente se refiere, piden que se reconozca la agresión japonesa, y se impidan todas las importaciones japonesas ayudando al mismo tiempo a China.—Fabra.

En tercera página:

Un artículo del "Times" sobre España

LAS DEMOCRACIAS Y ESPAÑA

La necesidad urgente de que las democracias detengan su retroceso espiritual y se coloquen en una posición estratégica para ofrecer resistencia a las dictaduras, fué expuesta ayer por la Dra. Margaret Deas, miembro del Comité Ejecutivo de la Federación liberal femenina, durante la cena que se dió en honor suyo en el *Reform Club* de Manchester.

La doctora Deas puso de manifiesto hasta qué punto habían retrocedido las democracias —y particularmente el Gobierno británico— con respecto al conflicto español. «Carece en absoluto de sentido —dijo la doctora— hablar de esa lucha como de un conflicto de ideologías. El conflicto existe entre una mayoría del pueblo, que apoya al Gobierno, y una minoría egoísta. Alemania e Italia no están en España por amor a la idea fascista, sino para ganar una ventaja estratégica sobre las democracias.

La mayor objeción que puede hacerse a la actitud del Gobierno para con España estriba no tanto en lo que haya hecho sino en lo que deseaba hacer. El partido conservador ha iniciado un proceso de decadencia de la democracia. Los conservadores preferirían ver conservados sus propios intereses de clase en cualquier país a riesgo de la democracia y aún del Imperio. La Gran Guerra hizo olvidar que en 1913, el señor Bonar Law y los conservadores estaban dispuestos a apoyar la guerra civil irlan-

desa antes que ver tocados lo que creían sus intereses por el Gobierno liberal. «En España donde se dan circunstancias casi similares, el ataque contra el Gobierno constitucional por una minoría egoísta, retrógrada y libertina compuesta por los ricos y el ejército, el partido conservador de aquí, se inclina hacia los españoles de su clase».

La doctora Deas hizo ver a continuación el peligro que para los intereses imperiales franco-británicos resultaría de una dominación italiana en España, y dedujo que los conservadores estaban dispuestos a arriesgar también esos intereses antes que a apoyar al Gobierno español.

«Como liberal, —dijo la doctora Deas— creo que este país no tiene derecho a inmiscuirse en el régimen interno de otros países. Debe dejarse que España libre su propia lucha, pero cuando Italia y Alemania están en España en contra de todos los tratados y persiguen en ella la derrota de las democracias, el Gobierno británico debe tomar las medidas necesarias para deshacer la maniobra. No era un acto belicoso el que el pueblo británico dijese a las Dictaduras que si no se adherían a la no intervención, la Gran Bretaña desistiría de ella y proporcionarían armas al Gobierno español.»

(«Te Manchester Guardian».—9-X-37.)

Cómo se comporta la República con sus presos

Miguel Primo de Rivera, recluso de la Prisión provincial de Alicante, proclama su gratitud por el humano trato que recibe

Cuando, en cumplimiento de la misión informativa que vamos a realizar, trasponemos el rastrollo de la Prisión Provincial de Alicante, recibimos la primera de las impresiones rectificadoras de la falaz propaganda facciosa referente al régimen a que la República tiene sometidos a los presos políticos.

En un ambiente de cuidada limpieza, de apacible sosiego, discurren por patios y galerías los reclusos, en espera de la hora del almuerzo. Entreabiertas las puertas de muchas celdas, se ve el interior de éstas y se advierte el orden y el aseo en las camas, las mesas, los lavabos y el menaje al servicio de cada preso.

Con detenimiento, hemos recorrido las diversas dependencias de la prisión. Todo en el aspecto interno de esta cárcel es la antítesis rotunda de esa idea de las pretendidas «mazmorras», en las que, según las artífices propagandas fascistas, «gimen, entre tormentos, las personas tachadas de desafectas al régimen republicano».

Esta supuesta «mazmorra» carcelaria, es, pues, un edificio amplio y soleado, en el que sus habitantes hacen vida de residencia, con las naturales restricciones emanadas del reglamento que se halla vigente desde hace unos años en que fué dictado con el espíritu humanitario y comprensivo que es característico en todas las leyes de la República española.

El Director del establecimiento nos habla de que, al trato de justa severidad que reciben los reclusos, corresponden éstos con su actitud disciplinada, con la que se mantiene, sin necesidad de sanciones, el orden interno de la prisión: unos trabajan y otros esperan el momento en que han de ser destinados a los reformatorios y a los campos de trabajo.

Todos los presos a quienes hemos hablado han corroborado las manifestaciones del Director y han añadido palabras de reconocimiento por

el trato que reciben, al que ellos se hallan dispuestos a corresponder trabajando para la República en las actividades que les sean asignadas por las autoridades.

Queremos, sin embargo, resaltar, por su interés significativo, lo que a este respecto nos ha manifestado un preso de destacado relieve político: Miguel Primo de Rivera, hijo segundo del general que ejerció la Dictadura en España, y hermano de José Antonio, que fué fundador y jefe de Falange Española.

Miguel Primo de Rivera y Sáenz de Heredia se hallaba entretenido en escribir acodado a la mesa de su celda y se ha incorporado para ofrecernos un asiento, cuando hemos llegado para interrogarle.

A nuestra pregunta, referente al régimen penitenciario a que está sometido, responde con marcado acento de sinceridad.

—Desde que estoy aquí, recibo el mismo trato humano que todos los otros presos.

Añade unos pormenores. Su profesión era la de abogado hasta que, procedente de Madrid, ingresó en esta prisión provincial de Alicante el día 6 de junio de 1936. Meses más tarde, el 18 de noviembre, fué condenado por el Tribunal popular como colaborador de su hermano José Antonio en el delito de haber contribuido a la preparación del movimiento militar contra la República.

—En todo ese tiempo —insiste, y nosotros recogemos esta su reiterada afirmación— el comportamiento que los funcionarios de Prisiones han tenido para conmigo ha sido cortés y humano, dentro, naturalmente, de los límites del reglamento. Yo proclamo lealmente mi reconocimiento hacia ellos.

Le hacemos una observación: —Ya comprenderá usted que ese comportamiento de los funcionarios, y aparte el estímulo personal de éstos a tratar sin acritud a los presos, dimana, en la práctica, del espíritu generoso de la República, ese

espíritu del cual son intérpretes todos sus organismos.

—Lo reconozco.

Y, para reafirmar su sinceridad añade, con el acento de quien se previene contra la posibilidad de que sus palabras de gratitud sean atribuidas a un fingimiento humillante:

—Si en vez de gratitud hubiera de expresar quejas, expondría éstas sin recato.

Las manifestaciones de Miguel Primo de Rivera —de indudable y particular interés—, las de otros presos, y el ambiente general de la Prisión provincial de Alicante, que es idéntico al que luego hemos observado en el Reformatorio y en el Castillo de esta ciudad, son las primeras pruebas incontrovertibles (en nuestra misión de recorrer, con carácter informativo, las prisiones del territorio leal) que proclaman las normas generosas de la España republicana y destruyen las absurdas falsedades que, en contrario, propagan las desatinadas propagandas con que los facciosos y sus aliados extranjeros pretenden sorprender la credulidad de la opinión mundial.

Vuelos sospechosos de un avión alemán sobre los Pirineos franceses

BAYONA. — Desde hace varias semanas, el avión que asegura el servicio en la línea Stuttgart-Lisboa, volaba a escasa altura sobre la región de los Bajos Pirineos, llegando incluso varias veces a volar sobre la zona prohibida.

Ayer mañana, a las once aproximadamente, cuando el avión volaba muy bajo sobre el puesto de defensa contra aviones de Urrugne, fué advertido por señales luminosas y amonestado. El tiempo claro y sereno no justificaba tal cambio de ruta del avión alemán.—Fabra.

Madrid, incomparablemente heroico, visto por un escritor antifascista italiano

«Existen en la historia del mundo precedentes comparables al de Madrid? No lo sé, —dice Virgilio Marchetto en el periódico antifascista «La Voce Degli Italiani».

Una capital de más de un millón de habitantes, —añade— combatida mes a mes por feroces enemigos provistos de potentes armas modernas y dispuestos a todos los crímenes; que resiste heroicamente los más desesperados ataques, que vive, a pesar del terrible y cotidiano martirio —diurno y nocturno— de la artillería y de otros elementos mortíferos; que sonríe frente al fascismo, el asesino de niños y mujeres, tiene asegurado su justiciero triunfo final.

¿Existen ejemplos similares en la historia del mundo? No lo sé, pero sí sé, que la primera vez que visité aquella ciudad en compañía de un amigo, tanto a él, como a mí se nos hizo un nudo en la garganta que no nos dejaba hablar.

Es Madrid el centro nervioso de un gran pueblo en guerra por su emancipación, y es, además, el punto hacia el cual miran con orgullo millones y millones de proletarios de todos los países.

Eran las once de la noche cuando llegamos, —una noche del ya lejano y lluvioso mes de febrero—, y la ciudad hundida en la obscuridad a la tenue y única claridad de las estrellas, tenía aspecto impresionante y, de una grandiosidad fantástica.

De vez en cuando, el relativo silencio de la noche era bruscamente interrumpido por raros vehículos que, con las luces apagadas, pasaban velocísimos por las calles desiertas. En el aire un rumor molesto, incesante; el eco característico de la fusilería y del canto de las ametralladoras, cubierto, en algunos intervalos, por el tono más grave de los cañones y por el estruendo siniestro de la explosión de los proyectiles.

He vuelto a visitar Madrid otras veces. Recientemente de día. Madrid sorprende a cuantos lo visitan por su belleza y su magnificencia. Es verdaderamente, una grandiosa metrópoli moderna.

Lo que sorprende al momento es que, a pesar de todo y de todos, la vida de la ciudad continúa desenvolviéndose activa, febril, como en to-

das las grandes ciudades de Occidente.

Ciertamente no se trata de una vida «normal» y los efectos de la guerra son visibles por todas partes; pero, en suma, a despecho de los fascistas atrincherados a las puertas de la ciudad, se trabaja asiduamente, se produce con intensidad y, en el comportamiento de la población en su constante actitud, se siente, efectivamente, una cierta y comprensible tristeza; pero se siente igualmente una serena consecuencia antifascista, y una fría, inflexible decisión de lucha a ultranza.

¡Madrid! ¡El alma de Madrid! ¡Grande! Estábamos en una de las principales calles al atardecer, cuando, de improviso, comenzó a llover —o mejor dicho, a diluviar— una tempestad de proyectiles de cañón. A su estallido seco, ensordecedor, se agregaba el estrépito de cristales destrozados, el escándalo de la caída de materiales de todas clases. Sin miedosa precipitación, sin gritos, los viandantes buscaron refugio en los sitios previstos de antemano o en las casas más próximas. Pero un obús sorprendió, estallando, junto a un grupo de cinco personas que permanecían pegadas a la acera opuesta: dos muertos —un chiquillo y una mujer— y tres heridos. Sin vacilaciones, y en tanto que los proyectiles continuaban estallando en las proximidades, los que pasaban más cerca acudieron y trasladaron a unos y a otros a la casa más cercana, donde, poco después, vino a recogerlos una ambulancia de la Cruz Roja.

—Será preciso lavar la sangre del suelo lo más pronto posible— dije casi hablando consigo misma, con tono natural, como si se tratase de una cosa normal, una mujer que estaba a mi lado. En efecto, cuando media hora después de haber cesado la tempestad, volvemos a pasar por aquel sitio, las manchas de sangre ya habían desaparecido; solamente subsistía una gran huella de humedad incolora que se estaba secando rápidamente. La circulación de la vida, habían tomado de nuevo su aspecto anterior, como si no hubiese sucedido nada...

Solamente a la ya larga lista de los crímenes del fascismo, aquella tarde se había añadido una infamia más.

Ante el temor de ser llamados a filas Nueve españoles se apoderan de un barco pesquero y desembarcan en la isla de Groix, después de navegar por espacio de cincuenta y cuatro horas, sin alimento alguno

Lorient, 9.—El vapor pesquero español *María Elena* llegó a las 6'45 al puerto de Locmaria, en la isla de Groix, en donde dejó a nueve jóvenes de 18 a 30 años, extenuados y medio muertos de hambre. El pesquero se hizo a la mar inmediatamente.

La policía se hizo cargo de los fugitivos y avisó al comisario especial de Lorient.

La investigación efectuada ha permitido descubrir que los nueve jóvenes se apoderaron el miércoles por la noche, del *María Elena* en el puerto de La Coruña, mientras el capitán se hallaba en tierra. Estos individuos, que trabajaban como pescadores de atún, al servicio del ejército de Franco temían ser llamados a filas próximamente, y decidieron huir. Para lograrlo obligaron bajo amenaza de muerte a los cuatro ancianos marineros que estaban a bordo del pesquero a que se hiciesen a la mar. Navegaron errantes por el Océano durante cincuenta y cuatro horas, sin víveres, y milagrosamente reconocieron, esta mañana, la isla de Groix. Los fugitivos españoles desembarcaron extenuados por el hambre y el cansancio en Locmaria; pero los cuatro viejos marineros regresaron, estoicamente, a España, sin nada que llevarse a la boca.

Los pescadores fueron alimentados y atendidos por la población. Serán conducidos a la frontera en breve plazo.

(«Le Matin».—10-X-37.)

Un artículo del "Times" sobre España

Un orden nuevo reina en Valencia.--Los elementos moderados ganan terreno.--El ejército del pueblo

Del artículo del corresponsal del «The Times», publicado en este periódico el día 8 de octubre, extractamos los siguiente párrafos:

Después de la caída del Gobierno Largo Caballero, en mayo último, el doctor Juan Negrín asumió la triple carga de la Presidencia del Consejo de Ministros y de los Ministerios de Hacienda, Economía, Comercio e Industria. Está secundado por don Indalecio Prieto, ministro de Defensa Nacional, cuyo Departamento rige los destinos del Ejército de tierra, de la marina y de las fuerzas aéreas, así como el de los suministros militares. Desde ese cambio de Gobierno, progresa considerablemente la labor de coordinar y dirigir todas las energías y utilizar todos los recursos para la continuación de la guerra. El esfuerzo persistente en pro del retorno a la situación normal, ha permitido llegar ya a otros resultados en terreno distinto. Va restableciéndose el orden en la Administración civil, la cual ha sufrido la doble devastación de la pérdida de una gran parte de su personal y de la evacuación de sus oficinas de Madrid. Las milicias han sido incorporadas al Ejército y se ha restablecido la unidad de mando. Ante todo, los suministros, el equipo y la formación militares han hecho progresos continuos y persistentes. El ministro de Agricultura, don Vicente Uribe, comunista, ha conseguido aumentar en un diez por ciento la superficie de terreno cultivado merced, dice, a la promesa hecha a los pequeños y medianos campesinos de que la colectivización de la tierra no se realizaría sin su consentimiento. Como la reorganización requiriese tiempo, el efecto total de muchas de las medidas tomadas no se dejará sentir sino después de varios meses.

Nada detiene la evolución política, que continúa aún bajo la bruma envenenada de la guerra civil. Dos nuevos factores están adquiriendo importancia; el uno concierne al de la revolución; el otro, al de la guerra. El primer factor consiste en una firme reacción contra la violencia de abajo; el segundo, en la acción profunda y amplia de la independencia, que es uno de los sentimientos latentes más fuertes del temperamento nacional español. El primero, si va bastante lejos, cambiará el carácter de la revolución; el segundo, si alcanza su conclusión lógica, debe acabar por unir íntimamente a todos los partidos de la España gubernamental.

Bajo una sola ley

Es todavía demasiado pronto para generalizar, pero no por ello han de dejar de anotarse algunas observaciones recientes. En el largo camino que va de la frontera a Valencia, todos los puestos de control están en poder de la policía y no de las milicias, como antes. A éstas ya no se las considera como agentes de la autoridad. En Cataluña, la policía se ocupa en realizar vastas pesquisas para descubrir los depósitos secretos de armas y los cementerios clandestinos; también se dedica a detener a las personas acusadas de crímenes. El único acto de violencia que presencié el autor en el espacio de seis semanas, fué aquel en que un hombre cayó muerto por la policía en una calle de Barcelona. Las autoridades lo buscaban. No se levantó ninguna protesta. Un pequeño grupo de personas esperó indiferente hasta que fué recogido el cadáver. La simpatía del pueblo se inclina hoy hacia el agente de la autoridad; no contra él. El territorio entero de la República ha sido colocado bajo una sola ley. Allí donde la autoridad estaba dividida, allí donde se registraban abusos de autoridad, la República se ha apoderado de la autoridad.

Hasta tanto que se tomen decisiones con respecto a los derechos de propiedad, los sindicatos y las demás organizaciones han recibido la orden de pagar el alquiler de las casas que ocupan a las autoridades municipales. En Madrid, los inmuebles y los pisos de que se incautaron los sindicatos —los cuales se hicieron pagar indebidamente los alquileres—, han sido devueltos a los funcionarios centrales. Las escuelas han vuelto a cumplir la misión para que fueron construidas. Todavía queda mucho que hacer para remediar la situación de la propiedad en las ciudades y en el campo; pero el esfuerzo dirigido a remediar las injusticias continúa cada vez con más vigor. La ayuda que la opinión pública presta a estas medidas, tiene necesariamente que animar al Gobierno. Aun en los centros más humildes, el pueblo se cansa de lo arbitrario. Al restablecer la ley, el Gobierno hace un llamamiento a algo más amplio que

Aunque, hace mucho tiempo, el Presidente de la República demostró el aspecto internacional de la guerra el pueblo no se dió cuenta de ello desde el principio. El "viva España" fué considerado como un grito subversivo en las filas de las milicias de los primeros días. Hoy, es uno de los gritos de guerra del Nuevo Ejército

la confianza popular. Este llamamiento puede muy bien atravesar la linde de las trincheras.

El segundo elemento de cambio de que antes hablaba, franqueará ciertamente esta linde, si el peligro que supone la «ocupación» italiana aumenta... Actualmente, las divisiones italianas que van con los rebeldes son toleradas, créese aquí; sencillamente porque el pueblo está aterrorizado por los «excesos rojos». La conducción humana de la guerra, recomendada al Nuevo Ejército, podría tender a unir a España contra la intrusión extranjera. Aunque, hace mucho tiempo, el Presidente de la República demostró el aspecto internacional de la guerra, el pueblo no se dió cuenta de ello desde el principio. El «¡viva España!» fué considerado como un grito subversivo en las filas de las milicias de los primeros días. Hoy, es uno de los gritos de guerra del Nuevo Ejército.

Es característico de la despreocupación ibérica el que puedan subsistir rivalidades sumamente ásperas en medio de los horrores de la lucha mortal de esta guerra civil. Estas rivalidades pusieron en peligro la disciplina del Ejército, hasta el momento en que el Ministro de Defensa adoptó, en junio último, una línea de conducta muy firme. La política ha sido demasiado tiempo un mal permanente en el Ejército español para que un Gobierno reformador permita que, de nuevo, arraigue el malestar en este Nuevo Ejército, que debe ser no sólo el instrumento de la liberación del pueblo, sino el guardián permanente de las instituciones democráticas.

El Ejército es uno de los mayores prodigios del Gobierno del pueblo. Salido de la nada, tiene hoy una fuerza de medio millón de hombres equipados y llenos de entusiasmo. Cada día se ven aumentar sus reservas materiales y humanas. No hace mucho tiempo, una considerable proporción de estos dos elementos era de procedencia extranjera, pero las fábricas nacionales aumentando sin cesar su rendimiento, y los campamentos militares y los cursos de la Escuela Popular de Guerra, perfeccionan la educación militar de los oficiales y de los soldados. El campo de batalla es una escuela ruda. El Nuevo Ejército tiene sus secretos, pero son tan celosamente guardados que las personas extrañas a él no pueden esperar de estos nuevos paladines de la Estrella Roja, que adorna los uniformes de todos los militares, más que una descripción basada en su aspecto exterior. Se admite generalmente que el objetivo perseguido consiste en equipar enteramente 36 divisiones de nueve batallones cada una, facilitándoles todas las armas auxiliares modernas. Por la fuerza de las cosas, el Ejército ha nacido de aquellas columnas de milicianos reclutados en los sindicatos y que, en formaciones más o menos grandes, han mantenido la continuidad del frente de guerra, o el sistema de puestos avanzados que separa ambos campos. Una de las dificultades consiste en encontrar oficiales suficientemente habituados al ejercicio militar. Cierta número de voluntarios han sido ascendidos en consideración a sus propios méritos. El Campesino, un aldeano rudo, manda una división; lo mismo Cipriano Mera, obrero sindicalista, y Lister, que era cantero. Todos continúan usando el título de «Comandante», aunque, en realidad, ejercen altos mandos. Todos ellos son héroes populares.

El Nuevo Ejército tiende a eliminar los tutores, instructores y técnicos extranjeros. En lo que concierne a las Brigadas Internacionales, compuestas de voluntarios, y cuyos efectivos, según se dice, nunca pasaron de 18.000 hombres, es claro que son algo completamente distinto de las divisiones enviadas por Italia. El Gobierno español jamás ha protestado contra los verdaderos voluntarios que se hayan enrolado con Franco. Las Brigadas Internacionales han tomado parte brillantemente en la defensa de Madrid y en otras batallas. El pueblo español les está ple-

namente agradecido, pero la finalidad de la República es la de completar su propia defensa y no depender de la intervención extranjera.

El Nuevo Ejército, su organización y su equipo, deben ser juzgados por su actuación. Algunos observadores que han asistido a su desarrollo desde la época en que se componía de los rudos milicianos de los primeros días, han recibido una fuerte impresión. La República ha encontrado su Carnot en la persona de Indalecio Prieto, ministro de Defensa Nacional, que trabaja incansablemente. El pueblo es quien debe proporcionar el espíritu y la moral, sin los cuales la acumulación de material significa muy poco. Los jóvenes oficiales que exhiben tan orgullosamente su uniforme de color caqui, tienen una misión que cumplir, a los ojos del mundo entero. Esto se les dice en sus escuelas.

Los ojos del pueblo

Los Comisarios son una institución curiosa del Nuevo Ejército. Deben ser, según definición de sus funciones, los ojos del pueblo, que vigilan a los oficiales que ejercen el mando y observan su actividad para evitar defecciones peligrosas y desagradables. Deben mantener los ideales, la moral y el amor a las instituciones del pueblo y de los soldados. Deben, igualmente, ser las barreras que se opongan a los caprichos de los comandantes y a las irregularidades disciplinarias y administrativas de toda clase. Su tarea no terminará hasta el momento en que el Ejército del pueblo posea un mando extraído de la cantera popular y digno de confianza. La misión del Comisario es muy difícil, sin duda alguna. Sus deberes humanitarios le han valido el apodo de *limosnero rojo*.

Valencia, brillante bajo el sol, ha sido siempre una ciudad activa; pero un poco provinciana. Repentinamente se ha convertido en la orgullosa capital del antifascismo. Se ha mostrado a la altura de su misión, y en lo que concierne al número de sus habitantes, al tráfico, al ruido, sobre todo al ruido, puede competir con cualquier ciudad del mundo que tenga el doble de extensión. Sólo cuando uno se da cuenta de que aquí se ha congregado el triple de la población de antes, a más de la mayor parte de los servicios Administrativos que estaban en Madrid, se llega a comprender con cuánta comodidad vivía aquí la gente hace un año. Hay un gran número de rascacielos. Los palacios medievales son gráciles o severos; los de las épocas posteriores son suntuosos. La antigua Lonja es una morada magnífica, muy apropiada para un Parlamento.

Los subterráneos antiaéreos

Los campanarios de las magníficas iglesias de Valencia han enmudecido. Continúan adornando la ciudad; para nada más. Sólo el «Tribunal de las Aguas», reputado como el más antiguo Tribunal de arbitraje del mundo, ha conservado su sede, bajo el pórtico de la Catedral. El impulso artístico del pueblo se muestra en manifestaciones modernas. Todos los cristales de las ventanas están cubiertos de tiras de papel para protegerlos contra los efectos de los bombardeos. Los prodigios realizados con papel y goma, en este aspecto, son espléndidos. Los refugios contruídos para proteger a la población contra los bombardeos son, a la vez, útiles y elegantes. Hay algunos que tienen decorativas puertas de hierro, que son alegres y ostentan pinturas e inscripciones multicolores; están rodeados de macizos de flores y hábilmente concebidos. Si las ciudades futuras tuviesen que estar provistas de instalaciones análogas, harían bien en tomar el ejemplo de Valencia. Valencia ha abierto senderos que, por dolorosos que sean, son nuevos.

Es el pueblo mismo el que da a Valencia su apasionante interés. Animación, prodigios oratorios, esfuerzos extraordinarios en todos los ramos concebibles de la actividad antifascista. Por todas partes se encuentran domicilios sindicales y centrales de vastas organizaciones. Las oficinas de Asistencia social, los hospitales y dispensarios —sin olvidar los cines y los cafés—, hacen de Valencia un centro prodigioso de actividad. Si viviera todavía Blasco Ibáñez, ¡qué epopeya habría podido escribir sobre el triunfo del pueblo, que tiene por teatro la propia ciudad natal del novelista!

A pesar de los nubarrones que aparecen en el horizonte, Valencia es, indudablemente, optimista y está llena de vida.

Primero la acción

El señor Mussolini muéstrase conforme en discutir la retirada de los "voluntarios" de España. Perfectamente. Pero quiere discutirla, no en una "conversación de tres potencias", sino en el Comité de No Intervención. Poco importa. En realidad, ningún acuerdo sobre la retirada serviría de nada sin la adhesión de Alemania.

Mas, por desgracia, es evidente que lo que realmente interesa al "duce" no es el procedimiento, sino la dilación.

Ya hace quince días, que el señor Dèlbo conversó con Bova Scoppa. Y durante este tiempo, no ha ocurrido nada.

Nada, excepto que escuadrillas enteras de aviones italianos han sido enviadas al general Franco, y que se han movilizad divisiones completas italianas, las cuales están dispuestas a embarcar para España.

Claramente se advierte que la idea del "duce" es empezar por discutir el procedimiento, y después, reposadamente, en el Comité de No Intervención, la totalidad de la situación española, mientras continúa ayudando a los rebeldes.

Ya ha hecho este mismo juego antes, y con buen éxito, tanto con respecto a Abisinia como a España; pero no puede continuar. Al fin, los Gobiernos inglés y francés, unidos, están de acuerdo en eso. ¿Pero qué harán? ¿Cuál es la política efectiva que debe seguirse?

Nosotros creemos que Nyon dió la norma. La discusión es necesaria y deseable, pero en una negociación urgente no debe tolerarse ningún procedimiento dilatorio.

Es, sin duda, conveniente discutir con Italia, con Alemania y con todos los interesados las posibilidades de un acuerdo sobre la "retirada".

Tales discusiones pueden ser inevitablemen-

te largas, quizá también estériles, pero aún así, vale la pena de entablarlas.

Lo inconcebible es que se prolonguen durante semanas y semanas mientras se envían hombres y municiones para reforzar a uno de los bandos.

Antes de que las negociaciones empiecen, la balanza debe ser equilibrada de suerte que los italianos y alemanes no tengan por qué diferirlas o sabotearlas.

Y puede ser equilibrada de dos maneras: con el término de la ayuda italogermana a Franco (lo cual se ha demostrado que es ilusorio), o con el envío al Gobierno español de una ayuda por lo menos equivalente.

Negociemos, pues, y no insistamos demasiado sobre tal o cual procedimiento; pero primero actuemos. Nivelemos la balanza. La conversación será más provechosa si se sigue a la acción.

La frontera francesa debe abrirse sin demora ni vacilación alguna.

Asimismo, debe levantarse, por Inglaterra y Francia, todas aquellas naciones que deseen unirse a esta acción, el embargo sobre el armamento.

Ambos Gobiernos verían cómo inmediatamente se enviaban a España los suministros necesarios para que el Ejército republicano pudiese contener la próxima ofensiva.

Hecho esto, puede abrirse de par en par la puerta a la negociación, y discutirse los medios y formas de ésta.

Entonces habrá alguna posibilidad de buen éxito, pues con este paso decisivo la situación habrá cambiado.

Negociación, sí. Paciencia, si es necesaria, e incluso compromiso, si puede llegarse al objetivo esencial.

Pero, primero, la acción.

(«Daily Express», 9-X-937.)

El viaje del hijo de Mussolini por los Estados Unidos es subrayado con constantes manifestaciones de desagrado

PARIS. — El corresponsal del «Petit Parisien» comunica, desde Nueva York, a su periódico:

«Un numerosísimo grupo de antifascistas italianos y americanos se manifestó ruidosamente ayer por la mañana ante la Embajada de Italia en Washington, donde se encontraba el hijo del dictador Mussolini, Vittorio.

Como había circulado el rumor de que Roosevelt iba a obsequiar a Vittorio Mussolini, los manifestantes llevaban numerosos cartelones, en los que se leía: «Roosevelt no debe estrechar la mano al hijo de un agresor».

Los manifestantes protestaron contra la estancia del hijo de Mussolini.

Vittorio Mussolini, marchó a Hollywood, de donde salió casi inmediatamente ante el recibimiento de desagrado que se le «dispensó». Más de doscientos actores del cine habían realizado entre ellos, una colecta para que la primera página de los periódicos se destinara, como se hizo, a una información de vigorosa protesta contra la presencia en Hollywood del hijo de Mussolini. —Fabra.

en la puerta—, vamos rehaciendo, aunque con dificultades, porque en España apenas si le hay, el material pedagógico que tuvimos que dejarnos en Carabanchel.

Estrechamos las manos que todos nos extienden en busca de la nuestra con caras sonrientes. Y cuando ya creemos que todo va a terminar, un muchacho de unos catorce años nos dice con sencillez una frase que nos sobrecoge de emoción y casi nos imposibilita para seguir hablando.

—¡Si yo pudiera empuñar un fusil!

Los ingleses pagan impuestos de guerra en la zona rebelde

GIBRALTAR. — En su desesperado esfuerzo para procurarse fondos, las autoridades rebeldes españolas han ideado un nuevo medio de sacar dinero: obligar a los ingleses a pagar un impuesto de guerra.

El Decreto, inspirado por consejeros alemanes, obliga a todos los extranjeros residentes en el territorio de Franco, a pagar siete chelines al trimestre.

El nuevo impuesto afecta a unos tres mil obreros británicos que residen en la zona rebelde, a causa de la falta de viviendas en Gibraltar, y hace ascender el total de contribuciones obligatorias que los ingleses han de pagar para que Franco continúe la guerra, a una libra trimestral por persona.

Entretanto, la escasez de suministros generales en territorio rebelde, se agudiza cada vez más. Los artículos de primera necesidad están racionados, y las mujeres tienen que hacer «colas» todos los días para adquirirlos. Los habitantes de las ciudades se han visto obligados a quemar su mobiliario para hacer las comidas, pues no hay ni carbón ni gas.

(«Daily Herald», 9-X-937.)

Después del discurso de M. Roosevelt El Comité francés de Coordinación y de Información para la Ayuda a España, dirige un telegrama al presidente de la República Norteamericana

PARIS.—El Comité de Coordinación y de Información para la Ayuda a España, ha dirigido, al presidente de los Estados Unidos, M. Roosevelt, el siguiente telegrama:

«Nos hacemos intérpretes del profundo eco suscitado en países democráticos por la voz altamente calificada del Presidente gran democracia de Estados Unidos tomando defensa países atacados, deshonrando barbarie que trata sustituir fuerza por derecho. Rogamos reciba nuestro más sincero agradecimiento.»

Firmado: Comité Internacional de Coordinación e Información para la Ayuda a España Republicana; Central Sanitaria Internacional; Liga de Derechos del Hombre; Asociación Internacional de Escritores; Asociación de Casas de la Cultura; Asociación Jurídica Internacional; Interayuda Europea; Liga de Mujeres para la Paz y la Libertad (sección francesa); Buró Internacional para el Respeto del Derecho de Asilo y Ayuda a los Refugiados; Agrupación Universal para la Paz; Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo; Comité Mundial de Estudiantes; Socorro Rojo Internacional; Paz y Democracia; Comité para la Defensa de la Cultura Española; Asociación de Amigos del Pueblo Chino; Unión Popular Italiana; Sociedad Alemana de Intelectuales; Federación China para la Salvación Nacional; Comité Iberoamericano; Confederación General del Trabajo; Unión de Sindicatos de la región Parisina; Comité Franco-español; Paz y Libertad; Federación de Oficiales de Reserva Republicanos.

En plena guerra de invasión, la República cuida de los niños ciegos

Cuando los labradores pasaban cerca de la finca, sus ojos se clavaban con rencor en aquella casa. De esto hace dos años. La familia Moróder, los dueños de la masía-granja Moróder, situada en el término municipal del pueblo de Moncada, en la provincia de Valencia, era la dueña y señora de todos los contornos. Poco a poco, a bajo precio, había ido comprando los terrenos que lindaban con su posesión, que llegó a ser grandísima, y en donde se daban, con facilidad, todos los cultivos de la región.

El poder de la familia Moróder, fué adquirido como el poder de todos los caciques. Jornales infimos y trato duro para los obreros. El despojo constante a los pequeños propietarios de los alrededores. Y luego el poder del dinero. Nada nuevo, en fin.

Pero llegó el 18 de julio y los Moróder vieron desaparecido su poder. Huyeron en una avioneta y la finca pasó a poder del pueblo.

—En realidad—nos dice un campesino con el que hablamos— el padre no era demasiado malo. Mientras él mandó, aunque mal, hemos podido vivir. Pero los hijos no pagarían con siete vidas el mal que han hecho.

Hoy entramos en la masía Moróder, donde el sol parece reír con más fuerza que hace dos años. En ella está instalado el Colegio Nacional de Ciegos Menores, sostenido por el Ministerio de Trabajo y Asistencia Social.

—¿Dónde estaba instalado antes el Colegio?— preguntamos.

—En Carabanchel. En la finca de Vista Alegre.

Queremos recordar esta finca, vista a través de las aspilleras de los parapetos republicanos. Una tapia de ladrillos rojos, derruida casi en su totalidad por los morteros. Los árboles del jardín tronchados y algunos hilos del teléfono colgando de sus ramas rotas.

—Salimos de allí el 5 de noviembre—dice Agustín Cebrían, un niño ciego que ya lleva seis o siete años en el establecimiento.

Y nos refieren su marcha del Colegio en un día aún más negro que todos los días negros de su vida.

Las granadas de artillería silbaban por encima de sus cabezas. Las ametralladoras leales sonaban cerca. Se oía a lo lejos el tableteo de las máquinas del Tercio y de los moros. Y las balas pasaban silbando sin cesar.

Se pudo salvar a todos los niños. Pero hubo que dejar allí mucho material de enseñanza, porque cuando se quiso regresar a recogerlo, ya los moros estaban en la casa.

Unos días en un piso de la calle de Goya madrileña. El viaje a Valencia. Una breve estancia en Burjassot y, por último, la masía Moróder.

Los muchachos quieren hacernos una demostración de sus conocimientos. De organizarla se encarga Francisco Mena Carrillo. Es celador y también es ciego. Pasó de alumno a celador. Lleva unas gafas de color y nadie diría que sus ojos no ven. Se mueve, va de un lado a otro, busca las cosas sin una vacilación, sin un titubeo. Hay que verle subir y bajar la escalera corriendo, sin tocar la barandilla, para comprender hasta qué punto tiene afinado su instinto.

Viene un niño de ocho años. Saca el tablero de números en relieve. Nosotros tanteamos con la punta de los dedos y no logramos distinguir un solo número. El, hace las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética, con una rapidez que nos asombra. Y otro, de sus mismos años aproximadamente, lee en sus libros en relieve. Y otro escribe.

Nos explica su sistema de puntos en relieve, que inventó un ciego francés. También pueden leer en nuestro alfabeto, pero es mucho más lento, sobre todo, para escribir.

El más pequeño de la casa, nos explica unas lecciones de Geografía de España. Luego lee en un libro. Muchos niños, con el sentido visual, no saben leer con la rapi-

dez de este pequeño, que pasa velozmente sus dedos sobre el papel, mientras su cara—tiene cara de golfillo madrileño— está levantada sonriendo con picardía a pesar de sus ojos inmóviles y sin expresión.

El establecimiento tiene un administrador-director, don Mariano Ruiz, y un director de estudios, don Rafael Gayoso, de los que los niños ciegos nos hacen los mejores elogios.

Francisco Mena, el celador ciego, nos habla después de las aspiraciones de los ciegos. Ellos quieren ser útiles a la sociedad, que al fin y al cabo, es ser útiles a ellos mismos. Hay una porción de actividades en las que los ciegos pueden desempeñar un papel de importancia y ganarse la vida honradamente. Por fortuna, la República, aun en plena guerra, se ocupa de ellos y de conseguirles unos conocimientos que les sirven para el porvenir.

Sobre este tema, los mayores tienen escritos varios trabajos. Lo hacen a máquina y hemos comprobado que con una rapidez que envidiarían muchas mecanógrafas acreditadas.

—Si usted viera—nos dice— el efecto que hace algunas noches, a pesar de estar acostumbrados a estas cosas, oír correr la máquina de escribir en la más completa oscuridad.

Dejamos la masía Moróder, sinceramente impresionados. Al salir pasamos por el comedor: Una serie de mesitas cuadradas cubiertas por manteles a cuadros blancos y rojos.

En un salón próximo están casi todos los niños. En niños de esta edad es frecuente verlos correr, jugar de un lado para otro. Aquí todos están quietos, sentados a los pupitres, pasando sus dedos por los libros que tienen delante, a solas con su vida interior.

En el Colegio hay plazas vacantes. Tiene cabida para treinta niños y treinta niñas. En la actualidad sólo hay diecinueve niños y cuatro niñas.

—Y poco a poco—nos dicen ya